







LIBRARY OF THE

JOHANNES  
ET CORRARIO

MARIANO CAPDEPON.

---

EL

CORSARIO,

POEMA.

*Adolfo Perez González*

---

---

BÚRGOS: 1882.

IMPRESA DE D. TIMOTEO ARNAIZ, plaza de Prim, núm. 17.

MAHIZO GYHJHPOZ

EL

CORRARIO

Esta obra es propiedad de su autor.

LOMA

BORGOS: 1882.

Impreso en el Taller de Artes y Oficios de Loma.

Á LA MEMORIA

DE MI INOLVIDABLE HERMANO POLÍTICO

el Sr. D. Manuel de la Revilla,

DOCTO CATEBRÁTICO, EMINENTE CRÍTICO Y ORADOR ELOCUENTE.



EL  
CORSARIO.

---

CANTO PRIMERO.

---

Pura y hermosa como el sol naciente;  
Blanca como la espuma de los mares;  
De negros ojos y serena frente,  
Que jamás enlutaron los pesares;  
De alma sensible, para amar nacida  
Y para ser amada,  
Habitaba en Valencia  
Elvira Sandoval, flor de inocencia  
En el Abril hermoso de la vida,  
De su padre querida,

Y de un gallardo mozo idolatrada.

Era su padre un noble caballero  
Achacoso y anciano,  
De adusta faz y de mirar severo;  
Pariente no lejano  
Del *gran Duque de Lerma*, aquel valido  
De Felipe tercero el indolente,  
Que osado y atrevido  
A la sazón regía  
La suerte de la hispana monarquía.

Fué, cuando mozo, Sandoval soldado,  
Y en Flándes combatió como valiente:  
Católico ferviente,  
En la tremenda lid su fé acrecia  
El valor de sus padres heredado;  
Que en su exaltado celo,  
El esforzado Sandoval creía  
Que matar sin piedad moros ó herejes  
Era un camino de llegar al cielo.

Los años, las heridas, los pesares,  
Que su salud robusta quebrantaron,

A su pesar de Flandes le alejaron:  
Y al dejar la campaña,  
Triste llanto sus ojos derramaron,  
Que recuerdos de gloria allí tenía;  
Y más triste y amargo todavía  
Cuando sus piés hollaron  
El suelo alegre de la hermosa España,  
Do el ángel puro de su hogar moría.

Si: la esposa adorada,  
Que compartió con él de la existencia  
La alegría y el duelo,  
Víctima triste de mortal dolencia,  
Expiraba, á sus hijos abrazada,  
Los ojos fijos en el alto cielo.

Y al ver llegar al afligido esposo  
Taciturno y sombrío,  
Tendió sus brazos la infeliz enferma,  
Y en extásis de amor arrebatada,  
—¡Le he vuelto á ver!—gimió—¡gracias, Dios mio!—  
Y se extinguió á la luz de su mirada  
En las tinieblas de la noche eterna.

Lloró la muerte de su amada esposa

El noble Sandoval, pero piadosa  
Mitigó su dolor la fé cristiana;  
Y el triste caballero desde entónces,  
Desengañado de la gloria humana,  
Vivió léjos del mundo retirado,  
A su Dios y á sus hijos consagrado,  
Y resignado con su aciaga suerte.  
Y él, que tan falto de consuelo estaba,  
Consolando á sus hijos les decia:  
«—No ha muerto vuestra madre: la ha llamado  
»A su seno el Señor, porque es la muerte  
»Principio de una vida que no acaba;  
»Aurora triste de un eterno dia.  
»Consagrad al Señor la vida entera;  
»Orad y no lloreis, que vuestra madre  
»Amorosa en el cielo nos espera.»—  
Y los santos consejos del buen padre,  
(Como suele benéfico rocío  
Devolver la frescura  
Al mústio campo, que abrasó el estio)  
Mitigando del alma la amargura,  
Calmaban los pesares  
De sus hijos, D. Juan, gentil mancebo,  
Y Elvira; aquella niña candorosa

---

Como el sol al nacer pura y hermosa,  
Blanca como la espuma de los mares.

Pasó el tiempo: y Elvira en dulce calma  
Veía resbalar de su existencia  
Las no contadas horas,  
Conservando su prístina inocencia.  
Las visiones del mundo tentadoras  
Alterar no lograban de su alma  
El tranquilo sosiego, é indiferente  
Al mundano placer permanecía,  
Cual congelada fuente  
Inmóvil permanece al débil soplo  
De la brisa de invierno húmeda y fría.  
Pero un día en su oído resonaron  
Palabras amorosas, que llegaron  
Al corazón en que el amor dormía;  
Y el amor despertó, como despierta  
De su letal desmayo  
La tierra, en el invierno triste y yerta,  
Al beso ardiente del fecundo Mayo.

Y la inocente Elvira,  
Que del primer amor siente ya el fuego,

Y que perdido mira  
De su existencia el plácido sosiego,  
Quiere ahogar al nacer la ardiente llama  
Y sin querer amar, suspira y ama.

Suspira y ama, pero ¿á quién?... lo ignora.  
En el templo de Dios le vió una tarde,  
Escuchó su palabra tentadora,  
Y desde entónces en su pecho arde  
La hoguera del amor abrasadora.  
No sabe si es villano ó caballero  
El mancebo gentil que la enamora;  
No preguntó quien es: sabe tan solo  
Que al cinto lleva toledano acero,  
Que se llama Fernando, y que la adora.  
Y como Elvira no comprende el dolo,  
En su Fernando vive confiada;  
Y transcurre su vida afortunada  
Cual fuente que entre flores  
Resbala alegre, murmurando amores.

En alas de dulcísima esperanza,  
La doncella feliz resuelta avanza  
Del amor y la fé por el camino;

Que, exaltada su ardiente fantasía,  
Descubre con instinto peregrino  
En el mundano amor algo divino;  
Un torrente de luz y de poesía.  
Y la imágen querida de su amante  
La enamorada Elvira  
Ve de continuo alegre y placentera,  
Sin poderla apartar ni un solo instante  
Del corazón, que por su amor suspira:  
Y hasta en el templo, orando  
Con místico fervor y fé sincera,  
Sin olvidar á Dios, piensa en Fernando.

Y el dichoso Fernando ¿corresponde  
A tanto amor, ó torpe y cauteloso  
Dentro del pecho esconde  
Pensamiento alevoso?  
¿Será feliz la tímida doncella,  
Ó acabará su vida  
Del desengaño la mortal herida?  
No; que Fernando con pasión la adora.  
No es su cariño cual fugaz centella  
Ó leve exhalacion que se evapora:  
Su castísimo anhelo

Es inmutable estrella,  
Que brilla eternamente  
En el azul del trasparente cielo.

Fué el amante soldado aventurero,  
Arrostró de la vida los azares,  
La patria abandonó, sureó los mares  
Y en las batallas esgrimió su acero.  
De tétrico carácter y sombrío,  
De firme voluntad, que no se abate  
Al golpe rudo de contraria suerte,  
Indiferente y frío  
Contempló las escenas del combate,  
Odió la vida y despreció la muerte.  
Mas de Elvira la cándida hermosura  
Llenó su alma de celeste encanto:  
Amó por vez primera y amó tanto,  
Que su amor no era amor, era locura.  
Y aquel afecto puro  
Hizo brotar en corazon tan duro  
Raudal inagotable de ternura.  
Y de su Elvira y de su amor seguro,  
Olvidando un pasado misterioso,  
El mancebo gentil ve en lontananza

Un porvenir de gloria y de ventura;  
Y es su vida cual cielo esplendoroso,  
Que inunda con sus rayos la esperanza.

Y cuando muere tras el alto monte  
Caduco el sol al expirar el día,  
Y enlutan el diáfano horizonte  
Las negras sombras de la noche fría,  
Él acude á la cita deseada,  
A exhalar de su amor la dulce queja,  
Al pié de aquella reja  
En que Elvira le espera desvelada.

Una noche llegó triste y sombrío  
A la cita amorosa el fiel amante,  
Que un pensamiento impio  
Cruzó veloz el campo de su mente  
Y enlutó su semblante.  
Y de su Elvira la mirada ardiente,  
(Que impregnada de amor y de ternura,  
Entre negras pestañas fulguraba  
Como rayo de sol en nube oscura)  
No logró disipar, como solía,  
La ansiedad que su pecho devoraba

Ni su extraña y tenaz melancolía.

—¿Qué tienes, mi Fernando?—

Elvira dijo con acento blando

Como arrullo de tórtola que gime—

¿Qué ignota pena, dime,

Ahuyentó de tu pecho la alegría?

¿No eres feliz y sabes que te adoro?

¿Qué mayor gloria tu ambición ansía?

—¿Quieres saber—Fernando le responde—

La causa de mi duelo?

Oye el misterio que mi pecho esconde,

Escucha la verdad.... ¡lo quiso el cielo!

«Tras siete siglos de continua guerra,

En que lucharon por su fé briosos

Dos pueblos generosos,

Bañando en sangre la española tierra,

Venció la fé cristiana

El día en que la reina castellana

Clavó la cruz divina

En los altivos muros torreados

De la gentil Alhambra granadina.

Mas de Boabdil al derrumbarse el trono

Cesó la guerra; pero no el encono  
De dos pueblos á odiarse acostumbrados:  
Y el vencedor, altivo y arrogante,  
Al vencido humilló con duras leyes;  
Sus costumbres le impuso y su creëncia;  
Y el vencido, á su vez, se alzó pujante,  
É hizo temblar el trono de sus reyes,  
En los ásperos montes defendiendo  
La santa libertad de su conciencia.  
—¡Oh! ¿qué dices, Fernando? no comprendo...  
—Dijo Elvira asombrada—¿tú defiendes  
De los moriscos la iracunda saña?  
¡Ah! ¿tú defiendes á esa raza impia,  
Enemiga de Dios, baldon de España....?—  
Y repuso el doncel con energía:  
—Esa raza infeliz, esa es la mia.—  
—¡No eres cristiano!—exclama la doncella  
Con desolado acento, y un torrente  
De lágrimas corrió por su faz bella.  
—¡Soy cristiano! ¡lo soy! mi oscura mente  
—Responde el noble mozo—  
Iluminó la fé el dichoso dia  
En que á tu amor mi corazon se abría.

«No he de ocultarte la verdad: odiaba  
Hasta el nombre cristiano, maldecía  
La doctrina de Cristo, que ignoraba:  
Temiendo de la hoguera los horrores,  
Ser cristiano fingía  
Y en mi pecho escondida conservaba,  
Con mi rencor, la fé de mis mayores.  
De noble estirpe, aunque de estirpe mora,  
Repugnaba á mi alma el fingimiento,  
Y mi rencor crecía á cada hora,  
Como el furor del contrastado viento.

«Un día, á mi pesar, débil gemido  
Me arrancó mi tormento:  
Fuí preso, perseguido,  
Pero al fin, mis cadenas quebrantando,  
Huí de la patria, libertad ansiando.

«Luché en los mares con sañosa ira,  
Con furor insaciable..... deja, Elvira,  
Que esta página oculte de mi historia....  
Sangre cristiana derramé..... mas tanta,  
Que aun me aterra y espanta  
De aquellos tiempos la fatal memoria.  
Después torné á Valencia: me atraía

El amor de mi madre, no olvidado....  
¡Dios bendiga ese amor, que me ha salvado!

«Una tarde.... ¿te acuerdas?... afligida  
Al templo del Señor te encaminabas  
De negro luto y de dolor vestida:  
Y al contemplarte por la vez primera,  
Sentí nacer en mi alma empedernida  
Afan inexplicable, ignoto fuego,  
Que es hoy voraz inextinguible hoguera.

«Seguí tus pasos deslumbrado, ciego  
Ante la luz de tus divinos ojos,  
Y á mi pesar entré, como atraído,  
En el templo del Dios que aborrecia.  
Tú, postrada de hinojos  
Ante la santa imágen de Maria,  
Orabas con fervor, y yo á tu lado  
Contemplaba tu faz tan casta y pura,  
Como contempla el resplandor del día  
Por la primera vez el que ha nacido  
En estrecha prision triste y oscura.

»De pronto hirió mi oído dulcemente  
La voz del sacerdote, que explicaba  
La doctrina de Cristo salvadora;

Y mostrando un ebúrneo crucifijo,  
¡Nunca lo olvidaré!—*¡Miradle!*—dijo—  
*Él derramó su sangre redentora*  
*Por todos los humanos*  
*Y á sus verdugos perdonó clemente:*  
*Amad á vuestros propios enemigos,*  
*(Dijo) todos los hombres sois hermanos.*

«Vívido rayo de la luz divina  
Con célico fulgor hirió mi mente:  
Me pareció escuchar voz misteriosa  
Que me decía dulce y amorosa:  
*¡Dichoso aquel que ante la cruz se inclina:*  
*Que heróico vencedor de sus pasiones*  
*Quebranta del infierno las cadenas!*  
Y la cristiana fé se alzó en mi alma,  
Como se eleva la flexible palma  
Del desierto abrasado en las arenas.

«Aquel dichoso día,  
El más feliz de la existencia mía,  
En que mi fé y mi amor juntos nacieron,  
Me sentí trasformado: mis rencores  
Del corazon huyeron.

Cual fantasmas de horror aterradores,  
Que de la noche en las calladas horas  
Engendra la exaltada fantasía,  
Y huyen y se disipan, niebla vana,  
A los rayos del sol de la mañana.

«Si; vencida su indómita energía,  
Mira al feroz soldado  
A tus pies suplicante y amoroso;  
Al leon en cordero trasformado;  
Que no aspira á mas gloria  
Que á amarte con delirio y ser tu esposo.

«Y ahora que sabes mi infeliz historia,  
Dime si no es locura mi deseo.—  
—¿Eres cristiano?—le pregunta Elvira:  
Y él altivo responde:  
—Nunca manchó mis labios la mentira:  
Como creo en tu amor, en tu Dios creo.  
—¡Fernando mio!—con acento ardiente  
Elvira, llena de pasión, exclama:  
—Perdon, si acaso te ofendió mi duda....  
Siempre está pronto á perdonar quien ama—  
Y suspirando dulce y tristemente,

Quedó la hermosa silenciosa, muda.

—¿Serás mi esposa?—repitió el mancebo,  
Y su Elvira repuso balbuciente,  
Pudiendo apenas contener el lloro:

—Por nuestro Dios eterna fé te juro;  
Sepa mi padre nuestro amor tan puro,  
Dile cuanto me amas y... ¡te adoro!

---

## CANTO SEGUNDO.

### I.

Solo en su estancia Sandoval estaba,  
Llena su alma de mortal congoja:  
¿Qué pena al buen anciano conturbaba?

Su mano tiembla como débil hoja  
Al blando impulso del tranquilo viento,  
Y triste llanto sus pupilas moja.

Alguna vez exhala hondo lamento:  
—¡Desgracia horrible!—con afán exclama—  
¡Tened, Señor, piedad de mi tormento!

»¡Si no es posible tal vergüenza! ¡ama  
Mi hija á un hombre de raza maldecida!  
¿Cómo pudo nacer su impura llama?

»¡Ella, el encanto de mi triste vida,  
Vítima de amorosos desvarios,  
A un enemigo de su Dios unida!

»Mas no: pronto hallarán esos impios  
Su castigo...»—y cruzaron por su mente  
Relámpagos de cólera sombríos,

Cuando se abrió la puerta de repente  
Y entró D. Juan, el hijo del anciano,  
Mozo gentil de airoso continente.

Y al ver la pena, que ocultar en vano  
Su padre intenta, con amor le dijo:  
—Vuestro dolor no es para mí un arcano.

»Al fin ois las súplicas del hijo....  
Perdonadme mi intento generoso,  
Tengo en la guerra el pensamiento fijo.

»Al fin me permitís que corra ansioso  
A esgrimir por la fé mi limpio acero,  
Que á mi despecho permanece ocioso.

»Los sectarios infames de Lutero  
Aun pelean en Flandes contra España:  
Quien no vá á combatir no es caballero.

»Aun de los turcos la iracunda saña  
Llena de luto y de mortal espanto  
Las floridas riberas, que el mar baña.

»¡Por mi ausencia llorais!... secad el llanto,  
Que mi alma rebosa de alegría:  
Por la patria y la fé lidiar es santo.

»Solamente el honor será mi guia:  
Procuraré imitar, lo juro al cielo,  
Vuestro antiguo valor y bizarría....»—

—»¡Cuánto me place tu cristiano celo!  
—El padre respondió con amargura—  
Mas no sabes la causa de mi duelo.

»No lora, no, tu padre sin ventura  
Por tu ausencia... mayor, mas honda pena  
Implacable mi espíritu tortura....

»Tu hermana, la castisima azucena  
Al dulce fuego de mi amor nacida,  
Mística rosa, de perfumes llena,

»Que brotó en el desierto de mi vida  
Para llenarla de inefable encanto,  
Abrió en mi alma ponzoñosa herida.

»Deja que corra silencioso el llanto,  
Llanto de fuego, que los ojos quema  
Del pobre padre que la quiere tanto.

»La casta niña, de candor emblema,  
Sintió en su pecho una pasión liviana,  
Que lleva en sí de Dios el anatema.

»Ama á un hombre de estirpe mahometana,  
A un morisco sin fé, que vino osado  
A demandar su mano esta mañana.

»Con hipócrita acento me ha jurado  
Que abandonó su fé y á Cristo adora,  
Que es noble, que ama á Elvira y es amado....

»Veo que tu semblante se colora  
Con los rojos matices de la ira:  
Que requieres la espada vengadora....

»¡Ah! si: defiende á la infeliz Elvira,  
Defiende nuestro honor... en tí confío,  
Y en el Señor, que nos protege. Mira:

»*El gran Duque de Lerma*, tu buen tío,  
Un terrible decreto ha fulminado  
De la patria expulsando al pueblo impio.

»En secreto me avisa...te ha nombrado  
Capitan por el Rey.... vas á la guerra  
A mostrar el valor que has heredado:

»Mas no abandonas la nativa tierra,  
Que la guerra está aquí. Fieros y rudos  
Los moriscos huirán á la alta sierra,

»Harán de los peñascos sus escudos,  
Lidiarán con valor... ¡quién no es valiente  
Ante enemigos de piedad desnudos!

»Y no tendreis piedad de aquea gente,  
Que por temor cristiana se apellida  
Y blasfema de Dios secretamente.

»Y en tanto que la hora apetecida  
Llega de su expulsion vela, hijo mio,  
Por tu hermana infeliz, de su honor cuida,  
De su honor, que es tu honor... ¡en tí confio!

## II.

Como aquel que juzgó realidad cierta  
La vision lisonjera de un ensueño,  
Siente mortal dolor cuando despierta,

Y al ver trocarse un porvenir risueño  
En humo y sombra, á su ilusion asido,  
Quiere dudar con imposible empeño;

Así Fernando, cuyo pecho herido  
Halagó una dulcísima esperanza,  
Que en soñada vision se ha convertido,

Tanto dolor á comprender no alcanza,  
Quiere dudar.... mas ¡ay! huye la duda  
A cada paso que el amante avanza.

Y la terrible realidad desnuda  
Se presenta á sus ojos y espantosa;  
Hierde su alma, como espada aguda;

Y se complace fria y rencorosa  
En enconar del pecho la honda herida,  
Que brota sangre y de dolor rebosa.

Dudar no puede: nunca bendecida  
Será la llama de su amor eterno,  
Eterno como el alma donde anida.

El dulce fuego de un cariño tierno  
Se trocará en volcan de hirviente lava,  
Su corazon en abrasado infierno.

La luz que su existencia iluminaba,  
Se extinguió para siempre: su alma llena  
La sombra de un dolor que no se acaba.

Aun más cruel que sanguinaria hiena,  
Al suplicio de Tántalo insufrible  
Un fanático padre le condena.

Mata la hiena con furor horrible  
A su víctima, sí; mas es la muerte  
A una vida de duelo preferible.

Es del que sufre venturosa suerte  
Descender á la fria sepultura:  
Muere el dolor con la materia inerte.

¡Amar y ser amado con locura!  
¡No poder realizar un casto anhelo!  
¿Quién pudiera inventar mayor tortura?

¡Vivir sin esperanza, á eterno duelo  
Y á eterna desventura condenado!  
¡Imposible un amor que inspiró el cielo!

—¡No puede ser!—gritó desesperado  
Fernando—no, ya ruge la tormenta  
De mi alma en el piélago irritado.

«El volcan de mi cólera revienta....  
Mas no... ¡Señor, piedad! calme esta ira  
La fé, que me sostiene y que me alienta.»—

Y por las calles de Valencia gira  
Sin rumbo fijo el infeliz amante  
De la inocente y desdichada Elvira.

Y crece su dolor á cada instante,  
É implacable su pecho despedaza  
Con dura mano y fuerzas de gigante;

Cuando al llegar á una anchurosa plaza,  
El pueblo alborotado le detiene;  
Oye frases de espanto y de amenaza;

Por instinto á la lucha se previene  
Ante el tumulto, cuya causa ignora:  
Gárrula turba desbordada viene

Hacia Fernando, que con voz sonora  
—¿Qué sucede?—pregunta, dirigiendo  
En derredor mirada escrutadora.

Roncos tambores con marcial estruendo  
Suenan de pronto, cesa el vocerío,  
Todos callan, su aliento conteniendo.

Un hombre entónces, de mirar sombrío,  
En medio de soldados se adelanta:  
En torno mira indiferente y frío,

De negro viste, su mirar espanta,  
—¡En el nombre del Rey!—con fuerza grita:  
Y se conmueve muchedumbre tanta.

Misterioso terror el pecho agita  
De Fernando.... ¿por qué? no lo comprende,  
Mas de ansiedad su corazón palpita.

Dice:—¡es un bando!—con afán atiende,  
Y al oír un decreto riguroso,  
Nuevamente su cólera se enciende.

D. Felipe III, el rey *piadoso*,  
A los moriscos de la patria arroja;  
A un pueblo desgraciado y laborioso.

¡Y en nombre de la fé!... Tanta congoja  
¿Quién puede recordar sin amargura?  
¿Qué cristiano español no se sonroja

Al pensar que en su patria sin ventura,  
Patria de la lealtad y el heroísmo,  
Se dió tal órden, tan inicua y dura?

Habló, de la fé en nombre, el fanatismo;  
Infernal sombra de la luz divina,  
Mónstruo espantable que abortó el abismo.

El ciego fanatismo, que aún domina,  
Que impera aún en la conciencia humana  
Y el edificio de la fé arruina.

Mas triunfará la caridad cristiana:  
La sombra ante la luz no prevalece,  
Ni la noche ante el sol de la mañana.

El sol se nubla, pero no perece;  
Y al desgarrar las nubes tronadoras,  
Mas hermoso y espléndido aparece.

Y ya pasaron las nefandas horas  
En que pudo dictar la tiranía  
Leyes de proscripción desoladoras.

No volverá, no volverá aquel día,  
Cuyo recuerdo de dolor me llena,  
Baldon eterno de la patria mia,

En que al pueblo morisco se condena  
A dejar de la patria el fértil suelo,  
De los desiertos por la roja arena.

En que se excita del cristiano el celo  
Para que ahogue en sangre despiadado  
Toda protesta que levante el duelo.

Al escuchar el pueblo consternado  
El bárbaro pregon quien ¡piedad! clama,  
Quien en ¡vivas! porumpe alborozado:

Quien al torpe valido alegre aclama  
Que inspiró aquel decreto rencoroso:  
Quien con secreta cólera lo infama.

Y Fernando, asombrado, silencioso,  
Crear no puede, no quiere, lo que ha oído:  
Le parece soñar sueño espantoso.

Quedó el amante cual del rayo herido;  
Como el que mira abrirse de repente  
Ante sus piés volcan enrojecido.

Una nube de horror nubla su frente;  
Su pecho abrasa en encendidas olas  
La roja sangre, que se agolpa hirviente.

¡Vivir errante! ¡derramar á solas,  
Como débil mujer, inútil llanto!  
¡No ver jamás las playas españolas!....

¡No ver jamás á la que adora tanto,  
Que quizás otro amor sentirá un día,  
Olvidando su amor tan puro y santo!

¡Amor en cuya llama se encendía  
La antorcha de la fé, que iluminaba  
La noche de su espíritu sombría!

Será eterno el amor que le abrasaba;  
Pero su fé vacila temblorosa,  
Cual débil flor que de brotar acaba.

Ya la *Duda* tenaz y cautelosa  
Se desliza en su pecho atribulado,  
Como sierpe escondida y ponzoñosa.

—»No es verdadero el Dios que has adorado:  
—Dice á su oído con feroz intento—  
La voz del sacerdote te ha engañado.

»Nadie tiene piedad de tu tormento,  
¡Nadie! ¿lo ves? la caridad cristiana  
Solo es ira, pasión, rencor violento.

»En el nombre de Dios con furia insana  
Te privan de la patria en que has nacido:  
Turba feróz te arrojará mañana,

---

»Y serás como fiera perseguido,  
Y huirás desesperado hasta el desierto,  
Con las memorias de tu bien perdido.

»De eterno luto el porvenir cubierto  
Verás, sintiendo el corazón llagado  
Vivo al dolor y á la esperanza muerto.

»¡Y en el nombre del Dios, que ha predicado  
De paz y amor hipócrita doctrina...!  
¡La voz del sacerdote te ha engañado!»—

---

¡No te ha engañado, no! santa, divina  
Es la cristiana fé, que el ancho mundo  
Con eternos fulgores ilumina;

Mas de los hombres el rencor profundo  
Algunas veces con la fé se escuda:  
De sus pasiones en el lodo inmundo

Todo se mancha: la verdad desnuda  
Nunca aparece, mísero Fernando...  
¡No oigas la voz de la insidiosa *Duda!*

Triste, sombrío y al azar vagando,  
Del templo del Señor llegó á la puerta  
Y en el umbral quedó, como dudando.

Secreto impulso, que á explicar no acierta,  
Le incita á entrar... para el que sufre y llora  
La casa del Señor siempre está abierta.

Al fin entra, se postra humilde y ora,  
Demanda á Dios un rayo de esperanza,  
Y de sus dudas el perdon implora.

—¡No eres—exclama—el Dios de la venganza!  
¡Maldito sea quien en tu nombre santo  
Predica el exterminio y la matanza!

»Dudé de Tí... mas he sufrido tanto,  
Que merece perdon mi desvario:  
Lave mis culpas mi sincero llanto.

»Rebelde fué mi corazon é impio,  
Pero tú eres el Dios de la clemencia....  
¡En Tí creo, Señor, en Tí confío!»—

Y sintió mitigarse la violencia  
Del dolor, que su pecho desgarraba,  
Y la paz renacer en su conciencia.

Y al salir de la Iglesia donde oraba,  
De la esperanza el resplandor divino  
En sus ojos de nuevo fulguraba.

¡Dulce esperanza! ¡arroyo cristalino!  
¡Clara fuente que calma placentera  
La sed del fatigado peregrino!

Y cuando el sol termina su carrera,  
Y la callada noche temerosa  
Llena de sombras la celeste esfera,

Él acude á la reja misteriosa  
En que Elvira le espera desvelada,  
Llena de angustia, pálida y llorosa.

—»¡Fernando mio!—dice desolada,  
Exhalando un gemido lastimero,  
Al verle, la doncella enamorada—

»Todo lo sé: nuestro destino fiero  
Hizo imposible nuestro amor tan puro...  
No olvides nunca que te adoro y muero.

»Moriré con mi amor... ¡yo te lo juro!  
Mas Dios tendrá piedad... mi triste vida  
En el cielo hallará puerto seguro.

»Y allí mi alma con tu alma unida,  
Léjos de las pasiones de la tierra,  
Alcanzará la gloria prometida....»—

—¡Ah! calla, Elvira, que tu voz me aterra:  
—Él responde—¡vivir sin esperanza  
Un corazon que tanto amor encierra!

»No: ni mi mente á comprender alcanza  
Ese amor, que tu espíritu adivina  
De otro mundo en la incierta lontananza.

»Amor, el casto amor que nos fascina,  
No es un delirio de exaltada mente,  
Ni es el cielo el imperio en que domina.

»Aquí su imperio está: su llama ardiente  
La vida llena de inefable encanto,  
Cuerpo y alma abrasando juntamente.

»¡Ah! mi Elvira, mi bien, detén el llanto,  
Que iluminó mi mente un pensamiento  
Al orar en el templo sacrosanto.

»No léjos de Valencia hay un convento:  
La hermana de tu padre es su abadesa,  
Escuchará tu fervido lamento.

»¡Santa mujer...! la caridad profesa  
Y tendrá compasion de pena tanta...  
¡Amparar nuestro amor... heroica empresa!

»Huyamos al convento, que levanta  
Sus torres junto al mar, que se fatiga  
Batiendo en vano su soberbia planta.

»Cristiano sacerdote, que bendiga  
Nuestro amor, hallaremos, y ya esposos,  
¿Qué importa que la suerte nos persiga?

»Si del Rey los decretos rigurosos  
De la patria me arrojan, patria nueva  
Encontraré en tus brazos amorosos.

»El que de fé y amor escudo lleva  
Es invencible: á los que uniera el cielo  
¿Quién puede haber que á separar se atreva?

»Cese, mi Elvira, nuestro amargo duelo:  
Sé para el triste, que te quiere tanto,  
Angel de amor, de paz y de consuelo.»—

—»¡Fernando!—prorumpió deshecha en llanto  
Elvira—¿qué propones? ¿qué locura?  
Escuché tus palabras con espanto.

»¡Abandonar á un padre sin ventura,  
Anciano y achacoso, que me adora!  
Fuera abrir á sus pies la sepultura.

»Del cielo la justicia vengadora  
Caería sobre mí... ¡ser maldecida  
Quizás de un padre en su postrera hora!

»¡Dar yo la muerte al que me dió la vida!  
¡No! ¡jamás!—¿Qué escuché?—clama Fernando,  
La adusta faz de cólera encendida.—

»No es cierto lo que oí.... ¡yo estoy soñando!  
Me juró, por su Dios, amor eterno,  
¡Y me abandona á mi destino infando!

»¡Mi alma destrozan furias del averno!  
¡Mi postrera esperanza fué engañosa!  
¡Es ya mi vida anticipado infierno....!

»Mas no.... ¡jamás! mi saña rencorosa  
Sabrá vencer un bárbaro destino,  
Mujer ingrata y por mi mal, hermosa.

»Tú de mi vida el áspero camino  
Sembraste un día de olorosas flores;  
Me hiciste ver el resplandor divino

»Del astro del placer y los amores,  
Para que fuese mas horrible y densa  
Esta noche sin fin de mis dolores.

»Necio es quien ama con pasión inmensa  
A perjura mujer... Elvira mia,  
Perdona á mi dolor tan grave ofensa.

»Mi mente conturbada desvaria....  
¡Creo en tu amor y en tu cariño espero!  
Si de tu amor dudase, ¿en qué creería?

»Oye: tu padre con enojo fiero  
Esta mañana al demandar tu mano,  
Me rechazó sombrío y altanero.

»Yo lo escuché: me dijo el inhumano:  
—*Antes que esposa de un morisco, muerta*  
*La quiero: sal de aqui, no eres cristiano.*—

»Y señalóme con desden la puerta;  
Y se elevó en mi pecho la venganza,  
Como fiero leon que se despierta;

»Pero su voz ahogué. Dulce esperanza  
Mitigó mi dolor... ¡iris hermoso,  
Mensajero de paz y de bonanza!

»Si, perdoné á tu padre rencoroso,  
Que no es cristiano el que rencor abriga,  
Y obedecí sombrío y silencioso.

»La dura ley, que á abandonar me obliga  
La patria, supe luego y nuevamente  
Despertó mi furor suerte enemiga,

»Y dudé del Señor... ¡del Dios clemente!  
Pero la fé venció y arrepentido  
Elevé al cielo mi oracion ferviente.

»Dios me oyó, de mis penas condolido,  
Y me inspiró el dichoso pensamiento,  
Que ha de ser salvacion de este afligido.

»Ven, huyamos al próximo convento;  
Amor eterno me juraste, Elvira...  
¡Ven á cumplir el santo juramento.»—

—¡Jamás! tu mente, misero, delira.

—Dice Elvira llorando y él exclama:—

—¡Patria! ¡amor! ¡religion! ¡todo mentira!

»Solo es verdad mi pena... y esta llama,  
Que juzgué celestial... maldito fuego  
Que por todas mis venas se derrama.

»Ya, roto el freno, á mi rencor me entrego:  
Volveré á ser la sanguinaria hiena,  
Ciego á la fé y á tus halagos ciego.»—

—»No, Fernando, la cólera refrena,  
—Elvira le interrumpe consternada—  
Lo que dijiste de terror me llena.

»¡Abandonar la fé!...»—y acongojada  
Prorumpo en llanto y fija suplicante  
Y amorosa en Fernando la mirada.....

—»¡La fé! ¡la fé!—responde el fiero amante—  
Murió mi fé: mentido devaneo,  
Luz engañosa que brilló un instante.

»Todo es mentira, si: ¡lo toco y veo...!  
Creí en tu Dios como en tu amor creía....  
Ya ni en tu Dios ni en tu cariño creo.

»Nadie tuvo piedad de mi agonía....  
¡Yó no tendré piedad! ¡no soy cristiano!  
¡Juro, ingrata mujer, que serás mia!»—

Y loco, asiendo con potente mano  
La dura reja, quebrantarla intenta,  
Cuando un hombre gritó:—Suelta, villano.—

Era D. Juan que altivo se presenta,  
A defender su honor, cual caballero,  
Y de su casa á reparar la afrenta.

Brilla en sus manos el desnudo acero:  
Fernando de furor lanza un rugido,  
Y Elvira un ¡ay! de angustia lastimero.

Breve lucha siguió: de muerte herido  
Cayó D. Juan; Elvira, desmayada;  
Y Fernando, del vértigo impelido,  
Huyó blandiendo la sangrienta espada.



## CANTO TERCERO.

---

### I.

La ley de proscripcion abominable,  
Que el fanatismo y el temor dictaron,  
Cumplióse al fin: y en día memorable  
Los moriscos la patria abandonaron.

En vano suplicaron: sus gemidos  
Llevóse el viento y con crueldad impia  
Fueron entre soldados conducidos  
Al remoto confin de berbería.

Y al entrar en las naves preparadas  
Para llevarlos al lejano suelo,  
Dirijen á la patria sus miradas  
Por la postrera vez con hondo anhelo.

Y el débil niño, que á vivir empieza;  
Y el que está en el ocaso de la vida;  
La doncella gentil, cuya belleza  
Es flor temprana de perfume henchida,

Y la infeliz y miserable anciana,  
Que el muerto esposo sepultado deja  
En la fértil ribera Valenciana,  
Que á cada instante sin cesar se aleja;

Todos á una exhalan tristemente  
Ayes de angustia, gritos de agonía,  
Que ahoga, á tanto duelo indiferente,  
Con poderosa voz la mar bravia.

Cumplióse al fin la ley abominable,  
Pero no sin protesta: á la alta sierra  
Huyeron los mas fieros, y espantable  
Resonó el grito de venganza y guerra.

Faltos de armas, pero no de aliento,  
Lidieron con valor desesperados;  
Mas vano fué su generoso intento:  
Fueron sin compasion exterminados.

Y el mísero Fernando, ¿halló en la muerte  
Término y fin á su dolor profundo?  
¿En la lid sucumbió, cual varon fuerte,  
Ó vive en los desiertos vagabundo?

Nadie le vió desde la noche aquella,  
¡Noche de horror! en que su airada mano,  
Obedeciendo á su fatal estrella,  
Mató de Elvira al infeliz hermano.

Huyó en la sombra, el corazon henchido  
De rencor infernal, ciego de ira,  
Empuñando el acero enrojecido,  
Maldiciendo de Dios y de su Elvira.

¡De su Elvira! que en tanto desolada,  
Sobre el cadáver de D. Juan llorando,  
Solo tiene en su boca enamorada  
Palabras de perdon para Fernando.

Y cuando el viejo Sandoval furioso  
—¡Venganza!—clama con afán prolijo,  
Estrechando en sus brazos amoroso  
El sangriento cadáver de su hijo,

Ella, con frases de piedad ardiente,  
La justa ira del anciano calma:  
Que siente serenarse lentamente  
La tempestad horrenda de su alma.

—¡Es verdad! ¡es verdad!—gime el anciano,—  
¡Dios lo ha querido...! cese ya el encono,  
Como cesa mi vida... soy cristiano....  
Dios manda perdonar.... ¡yo le perdono!—

Y al grave peso de dolor tan fuerte  
Rompióse de su vida el frágil hilo:  
Y el ángel misterioso de la muerte  
Llevó su alma al eternal asilo.

—»¡Piedad, Señor!—la huérfana afligida  
Dijo, vertiendo inconsolable llanto —  
¿No hay límite al dolor en esta vida?  
¿Cuál es la causa de martirio tanto?

»¿Fué mi amor criminal, de Tí maldito,  
Y me castigas porque aún su fuego  
Quema mi corazon, ó mi delito  
Fué desoir de mi Fernando el ruego?

»¿Debí quizá seguirle, ser su esposa,  
Y sostener la llama vacilante  
De su naciente fé, luz misteriosa  
Que su existencia iluminó un instante;

»Ó cumplí mi deber, sacrificando  
Mi ventura y su fé al amor paterno;  
Apercibiendo al misero Fernando  
Las perdurables ánsias del infierno?

»Ten compasion de mí, Dios de clemencia:  
Que soy culpable tu rigor me advierte:  
Manda un rayo de luz á mi conciencia,  
Que ofuscan mi razon sombras de muerte.»—

Y absorta en su dolor quedó la hermosa,  
Y dobló la cabeza resignada,  
Cual sobre el tallo la marchita rosa  
Inclina su corola perfumada.

Y su alma conturbada desfallece;  
Y el sombrío y tenaz remordimiento  
A cada instante su tormento acrece,  
Y piensa la infeliz en el convento.

Allí, donde Fernando esperó un día  
Que su amor celestial fuese bendito,  
La inocente doncella en su agonía  
Consagra á Dios su corazón contrito:

Mas al umbral de la sagrada puerta,  
Al despedirse del impio mundo,  
Llora quizás por su esperanza muerta,  
Que no pue le olvidar su amor profundo.

Y al prosternarse ante el altar de hinojos,  
Con viva fé y en dulce arrobamiento,  
Al cielo alzando los nublados ojos,  
—¡Señor!— exclama con solemne acento—

»Acepta el sacrificio de mi vida  
Y alumbra de Fernando la conciencia:  
Devuélvele la fé, por mí perdida,  
Para que pueda verle en tu presencia.» —

Y pasa el tiempo en oracion ferviente,  
Sin que se calme su dolor inmenso:  
Y su vida se extingue lentamente,  
Como el perfume del quemado incienso.

## II.

En tanto surca de la mar las olas  
El fiero Hasan, indómito corsario,  
Azote de las playas españolas  
Por su crueldad y arrojo temerario.

Ni conoce el pavor en la pelea,  
Ni le inspira piedad el desvalido:  
Parece que en su angustia se recrea  
Y goza cual chacal enfurecido.

Ciego rencor su corazon inflama:  
La piedad y la fé son vanos nombres  
Para el feroz corsario, que se llama  
Enemigo de Dios y de los hombres.

Como en nublado cielo y tormentoso  
Relámpago de horror brilla fulgente,  
Alguna vez extraño y misterioso  
Dolor fulgura en su mirada ardiente.

É inmóvil, taciturno, contemplando  
La tierra, que divisa en lontananza,  
Dice con ronco acento, suspirando:  
—¡Oh cuánto tardas en llegar, venganza!

»Pero tú llegarás fiera, terrible:  
Esa mujer, en cuyo amor creía,  
Que mi tormento contempló impasible,  
Aunque el cielo se oponga, será mía.

»Esa sola esperanza me sostiene  
Y me impulsa á luchar con mi destino:  
Cuando el torrente desbordado viene  
¡Ay del triste que encuentra en su camino!

»Todo lo arrasa, todo lo destruye,  
Y mi amor es torrente despeñado:  
Rápido corre, como el bien que huye,  
Dejando el corazón despedazado.

»Por tu mal olvidaste, Elvira hermosa,  
Que no es prudente el que al leon irrita.....  
Ser no quisiste de Fernando esposa:  
Serás del fiero Hasan la favorita.»—

Y otra vez vuelto á su abstraccion profunda,  
La vista fija en la lejana tierra,  
Sombrio como el mar que le circunda,  
Con su destino en implacable guerra,

Sigue, sin rumbo cierto, navegando  
Al blando impulso de la alegre brisa,  
El fiero Hasan.... el mísero Fernando,  
Cuando velera nave se divisa.

Parece un ave de nevada pluma,  
Al resbalar sobre la mar serena,  
Y se la vé crecer entre la bruma  
Al acercarse de temor ajena.

Hasan la mira y con feroz contento  
Empuña su cortante cimitarra,  
Como, su presa al ver, el tigre hambriento  
Gozoso afila su sangrienta garra.

—»¡Bogad, sin tregua ni descanso!— grita  
A la chusma feroz—bagel cristiano  
Se aproxima: conozca esa maldita  
Gente el rigor de mi potente mano.

»Antes que tiña el sol el encendido  
Triste occidente con matices rojos,  
El cristiano bajel quede rendido  
Y trague el mar sus míseros despojos.»—

La nave del corsario al fin alcanza  
Al cristiano bagel, que lucha en vano:  
Comienza el exterminio y la matanza,  
Nada sácia el rencor del mahometano.

Allí donde el combate es mas horrible  
Hasan con arrogancia se presenta:  
Nada resiste á su furor terrible,  
Es el génio del mal y la tormenta.

A cada golpe de su alfanje rudo  
Un cuerpo humano se desploma inerte:  
No hay para él defensa, no hay escudo,  
Su mano guia la implacable muerte.

Cesa pronto la inútil resistencia:  
—¡Compasion! ¡compasion!—gime el vencido.  
¡Ay del que solo espera en la clemencia  
Del fiero vencedor empedernido.

—¡Compasion! ¡compasion de los cristianos!  
—Hasan grita con saña y amargura—  
Los jóvenes al remo; los ancianos  
Al hondo mar que es ancha sepultura.—

—¡Piedad, señor!—un mísero cautivo  
Exclama con acento doloroso—  
Calmad, señor, vuestro rigor esquivo;  
Sois valiente, el valiente es generoso.

»Perdonad á mi padre infortunado  
Y en mi vida saciad vuestros rencores:  
Que él torne á ver el cielo idolatrado  
De la pátria, dó tengo mis amores.—

—»¡Patria!—responde Hasan—¡yo la tenia  
Y de ella me ha arrojado el fanatismo!  
¡A una mujer con ciego amor queria  
Y entre los dos abrieron un abismo!—

—Respetad de un anciano la existencia,  
 —El cautivo prosigue suplicante—  
 Dejad que torne á su feliz Valencia;  
 Que al lado viva de mi esposa amante.—

—¿A Valencia?—replica sorprendido  
 El corsario—¿á Valencia me dijiste?  
 ¿Es tu pátria quizás....? ¿dónde has nacido?  
 ¿A Sandoval acaso conociste?

»¿Conociste á su hija....? di, responde,  
 ¿Qué ha sido de ella? ¿vive...? dónde mora?»—  
 —En un convento su dolor esconde:  
 —Dice el cautivo—y por su padre llora.»

—¡Oh qué rayo de luz llega á mi mente!  
 —Exclama Hasan—ya de esperanza late  
 Mi corazón.... sobre una roca ingente  
 Que el mar en vano con furor combate,

Está el convento.. ¿no es verdad?—Es cierto:  
 —Dice el esclavo—alli la triste Elvira  
 Orando vive por su padre muerto.  
 —¡Es el mismo convento!—Hasan suspira.

»¡Es el mismo convento! ¡lo adivino!  
De Sandoval es la abadesa hermana.....  
¡Misterio incomprensible del destino!  
Ante su altar, lleno de fé cristiana,

»Quise llamarla esposa en triste día,  
Ella insensible desoyó mi ruego....  
¡Ante ese mismo altar ha de ser mía!  
¡Nada resiste á mi cariño ciego!

»¡Nada en la tierra á mi pasión se opone!  
Avanza, nave, sin temor avanza,  
Que allá en las playas donde el sol se pone,  
Cual nuevo sol, renace mi esperanza.

»Miserable cautivo, cese el lloro,  
No turbes mi placer con tu lamento;  
Logre en mis brazos ver á la que adoro  
Y á tu Valencia tornarás contento.»—

É iluminó el semblante de Fernando  
Un rayo de satánica alegría,  
Y su velo de sombras desplegando,  
La noche por los cielos se extendía.

Noche tranquila, plácida y serena:  
Brilla la luna en el callado cielo;  
Noche apacible, de misterios llena,  
Que inspira al alma celestial anhelo.

Al chocar en las velas desplegadas  
Gimen las auras de frescura henchidas,  
Y responden las olas argentadas,  
Cuando se quejan por el remo heridas.

Otro rumor el viento no extremece,  
Todo es silencio y paz y dulce calma;  
Calma solemne que el tormento acrece  
Que de Fernando despedaza el alma.

Aquel silencio, aquella paz augusta  
Conmovieron el pecho del amante,  
Despareciendo de su faz adusta  
El feroz gozo que brilló un instante.

Mil tristes pensamientos en su mente  
Se fueron poco á poco amontonando,  
Y al mismo tiempo en el lejano oriente  
Se iba la negra sombra condensado.

Allá léjos, muy léjos resonaba  
Con fragor ronco el pavoroso trueno,  
Y la luna medrosa se ocultaba  
De las oscuras nubes en el seno.

Con pasos de gigante la tormenta  
Veloz avanza y con su aliento frio  
Todos los astros de la noche ahuyenta  
Y queda el cielo, como el mar, sombrío.

Pronto las auras de fresca henchidas  
En huracan violento se trocaron;  
Y á su impulso las olas conmovidas,  
En montañas de espuma se elevaron.

Boga la nave, mas con rumbo incierto \*  
Sigue á merced del viento su camino;  
¿Vá á sepultarse en el abismo, abierto  
Por las olas en turbio remolino,

Ó á estrellarse en la costa Valenciana,  
Que á la luz del relámpago siniestra  
Aparece un instante ya cercana,  
Y sus contornos indecisos muestra?

¡Quién lo sabe! Fernando permanece  
Indiferente á todo, á todo ajeno;  
Ni el rugir de los vientos le extremece,  
Ni el pavoroso retumbar del trueno.

Nada vé, nada mira, nada escucha,  
En tristes pensamientos abismado,  
Con su conciencia en espantosa lucha,  
Siente el pecho de angustia traspasado.

Duda, teme, vacila, le amedrenta  
Pavor extraño: cual vision divina,  
Demandando piedad se le presenta  
De su Elvira la imagen peregrina.

Yacentos de piedad, nunca sentidos,  
Resuenan dentro de su pecho airado,  
Que no pueden ahogar ni los rugidos  
Del mar, por las tormentas agitado.

Crece la tempestad y aún tiempo crece  
De sus afectos la enconada guerra.  
De su dolor al peso desfallece,  
Cuando suena una voz gritando ¡tierra!

Vuelve en sí de su extraño arrobamiento;  
Abre los ojos asombrado y mira,  
Y ve alzarse en las sombras el convento,  
Santo refugio de la triste Elvira.

—¡Allí está!—dice al contemplarlo—en vano  
Terror extraño conturbó mi mente:  
Vuelvo á pisar el suelo valenciano;  
Dejaré en él las huellas del torrente.—

Brilla gozo feroz en su semblante  
Y el fuego del infierno en su mirada,  
Y grita á sus remeros *jadelante!*  
Y da en tierra la nave quebrantada.

Empuñando su alfanje damasquino,  
Reune su gente en la desierta orilla,  
Y emprende entre las sombras su camino  
A la luz del relámpago amarilla.

Y hácia el convento los soldados fieros  
Trepando van por las floridas lomas,  
Cual bandada de buitres carniceros  
Hácia un nido de tímidas palomas.

Llegan; rompen las puertas con estrágo;  
Penetran en el claustro silencioso,  
Como en sereno y trasparente lago  
Desbordado torrente cenagoso.

En un instante la mansion sagrada  
En campo de exterminio se convierte:  
Corre la soldadesca desmandada,  
Llevando en pos desolacion y muerte.

A un tiempo mismo en el albergue santo  
Resuenan de pavor tristes gemidos,  
Ayes de angustia, de terror y espanto,  
Con impuras blasfemias confundidos.

Fernando va delante; busca á Elvira  
Con angustioso afan y no la encuentra;  
Y por los claustros profanados gira  
Ciego, sin tino, y llega al coro y entra.

Sale á su encuentro anciana venerable,  
Con el valor del mártir le detiene,  
Y siente Hasan respeto inexplicable;  
Mas el acero matador previene.

Grita la anciana:—¿A dónde vás? ¿á dónde,  
Del santo asilo á perturbar la calma?  
¿Quién te condujo aquí?—y Hasan responde:  
—La tempestad del cielo y de mi alma.

»Busco á Elvira.—Sacrilego, detente—  
—Ella replica, y él:—¡Audacia vana  
Oponerse á la furia del torrente!—  
Y hiere el pecho de la inerte anciana.

Tropezando en su cuerpo ensangrentado,  
Rápido avanza, trémulo de ira:  
Mira en torno, ve un féretro enlutado  
Y un cadáver en él.... ¡su dulce Elvira!

Lanza un grito de horror, y delirante  
Al cadáver amado se abalanza;  
Le oprime entre sus brazos sollozante,  
—¡Muerta—gime—la luz de mi esperanza!

»Mas ¡no es posible!.... ¡no!.... delirio vano,  
Hijo de mi exaltada fantasía,  
¡Apártate de mí...! siente mi mano  
Latir su corazón... ¡Al fin es mía!

»¡Al fin! Elvira, Elvira, de tu amante  
Oye la voz... conmuévate mi pena....  
Abre los ojos, mirame un instante  
Con quella mirada de amor llena.

»Tú me has amado... ¿desoirás mi ruego  
Porque nací de estirpe mahometana?  
¿Acaso te ofendí, porque á ti llego  
Teñido en sangre de la grey cristiana?

»Mas ¿no sabes que al crimen me impulsaron,  
Que yo te amaba y en tu Dios creía,  
Y de la patria impios me arrojaron,  
Y extinguieron la fé, que era mi guia?

»¿Que en el nombre del Dios de la clemencia  
Sacieron en mi pueblo sus rencores;  
Y ya dudó de todo mi conciencia,  
De tu fé, de la fé de mis mayores?

»¡Maldito sea el torpe fanatismo,  
Que abrió implacable con su mano impía  
Entre los dos un insondable abismo,  
Y otro mayor en la conciencia mia!.....

»¡Todo pasó!... perdona los agravios  
Que hice á tu fé... mi crimen fué quererte...»—  
Y besa con afan aquellos lábios  
Helados con el hielo de la muerte.

—¡Qué horrible frio!—consternado exclama—  
¿Mas duerme acaso?... ¡duerme y no despierta!  
¡Mi bien! ¡Elvira! ¿no oyes que te llama  
Tu Fernando infeliz?... ¡ay! ¡muerta!... ¡muerta!...—

Y cae sobre el duro pavimento,  
Desmayado y exánime de hinojos:  
Y sus lábios no exhalan ni un lamento;  
Ni humedece una lágrima sus ojos;

Ni late el corazon; ni el pecho alienta;  
Fijos los ojos en la faz inerte  
De la que amó, cuya hermosura aumenta  
La majestad augusta de la muerte.

Y solo turba la solemne escena  
El estruendo infernal y vocerío  
De la vil turba, de piedad ajena,  
Que feroz sácia su rencor impío.

De pronto alumbra el coro solitario  
Voraz incendio con siniestra lumbré:  
Arde, como un volcan, el santuario,  
Y cruge calcinada la techumbre.

Se alza Fernando y, la razon perdida,  
Al ver el fuego que rugiente avanza,  
—¡Te salvaré!—exclamó—¡luz de mi vida!—  
Y huyó como un fantasma de venganza.

Huyó llevando en sus robustos brazos  
El cadáver, gritando delirante:  
—¡Para romper estos eternos lazos  
Ni el mismo Dios tiene poder bastante!—

Y las llamas le cierran el camino;  
Mas su fiero valor no desfallece:  
Y al través del ardiente torbellino,  
Como negra vision, desaparece.

Logra el convento abandonar y brilla  
En sus miradas infernal contento;  
Llega del mar á la escarpada orilla,  
Como impelido de huracan violento,

Y al ver la superficie tormentosa,  
En el límite ya del paroxismo,  
—¡Elvira! ¡Elvira! ¡al fin eres mi esposa!  
¡Te salvé!—dijo—y se lanzó al abismo.

FIN.

27 Setiembre 1881.

1. The first part of the report  
is devoted to a general  
description of the  
country and its  
resources.

2. The second part  
contains a detailed  
account of the  
mineral resources  
of the country.

3. The third part  
deals with the  
agriculture and  
livestock raising  
of the country.

4. The fourth part  
describes the  
commerce and  
industries of the  
country.

5. The fifth part  
contains a  
summary of the  
findings of the  
report.

El primer punto que se debe considerar es el de la  
 importancia de la obra. Esta obra es de gran  
 importancia por ser una de las pocas que se  
 han escrito en este idioma. El autor ha  
 tratado de dar una idea clara de lo que  
 es el arte y de su importancia en la vida  
 humana. El libro está dividido en tres  
 partes. La primera trata de la historia  
 del arte, la segunda de la teoría del arte  
 y la tercera de la práctica del arte. El  
 autor ha tratado de ser claro y sencillo  
 en su exposición, para que todos puedan  
 entenderlo. El libro es muy interesante  
 y merece ser leído por todos los que  
 se interesan en el arte.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

PRECIO.

Pesetas.

<b>El hijo del sacristan.</b> —Leyenda en verso: edicion agotada.	1
<b>Recuerdos poéticos.</b> —Coleccion de leyendas en verso: un tomo de 596 páginas: id. id.	1
<b>Una venganza.</b> —Drama lírico en tres actos.	1
<b>Roger de Flor.</b> —Id. id. . . . .	1
<b>Mitridates.</b> —Id. id. . . . .	1
<b>¡Una musa por mujer!</b> —Zarzuela en un acto. . . . .	1
<b>Travesuras amorosas.</b> —Zarzuela en dos actos. . . . .	1,50
<b>El Comunero.</b> —Drama en dos cuadros. . . .	1
<b>Dramas líricos.</b> —Tres tomos. . . . .	6
<b>Amor y gloria.</b> —Romances históricos y caballerescos, 2. <sup>a</sup> edicion. . . . .	2
<b>Historias de amores.</b> —Coleccion de novelas: edicion agotada.	
<b>Tempestades del alma.</b> —Novela: un tomo de 525 páginas. . . . .	3,50



